

- J. FRAN. Maldito de Dios naci.
PEDRO Más deprisa. ¡Más deprisa!
¡Vamos de aquí!
(Haciendo esfuerzos para alejarse.)
- ANITA (Saliendo con su padre á escena.)
Dios mío, ampárame.
Haz que de mi alma
su imagen huya
con mi esperanza. (Salen.)
- J. FRAN. ¡A qué, Dios santo,
verla me dejas...
si viéndola haces
mayor mi pena!
Adiós, bien mío.
- CORO ¡Qué desventura!
(Acercándose á Juan Francisco.)
- J. FRAN. Dejadme sólo
con mi amargura.
Con mi angustia y mis dolores
mi alma quiere estar á solas.
Con el mar y con las olas
sobre mi alma quiero estar.
Mis ojos nunca podrán mirarla,
dejadme sólo con mi pesar.
- CORO Consuelo no halla su desventura.
¡Qué infortunado! ¡Qué triste amor!
Dejadle sólo con su dolor.
(Juan Francisco se deja caer con desesperación en las
rocas del fondo.)
¡Pobre mozo! ¡Pobre niña!
¡Qué infelices son los dos!
¡Adorándose imposible
para siempre ven su amor!
(El telón cae lentamente mientras el Coro se retira.
Juan Francisco sigue en la misma actitud.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una plazoleta del pueblo, abierta sobre el mar.

En el fondo, á la izquierda, un desembarcadero practicable formado con peñas que se escalonan hasta el suelo. A la derecha, un grupo de peñascos sobre el cual se verá una ermita con puerta practicable, también. A ella se subirá por entre los peñascos.

A la derecha, primer término, una casa que figurará ser la del Tío Pedro, con puerta practicable y una reja, al pie de la cual habrá un banco de piedra. A la izquierda, casas. A derecha é izquierda, dos bocacalles.

Por el fondo se verá el mar, y en sus límites, como anclado, un falucho.

En el centro del escenario habrá una fuente de piedra con escalones, de piedra también.

Al levantar el telón, dobla á muerto la esquila de la ermita y salen de las casas y por las bocacalles, Pescadores y Pescadoras, ellas, con manto negro á la cabeza; ellos, en traje de domingo.

ESCENA PRIMERA

PESCADORES y PESCADORAS. Al final, CURRA y PASCUAL. El SARGENTO, MARÍA y los CARABINEROS 1.º y 2.º

Música

PESCADORES Ya comienzan en la ermita las campanas á doblar, por los pobres pescadores que murieron en la mar.

PESCADORAS ¡Qué tristes suenan
las campanadas!
¡Doblar, parecen,
dentro de mi alma!

TODOS Es que mezclan con el ruido
de las olas su sonido;
y al sonar,
nos meten por el oído
los ayes de los que fueron
á la mar y no volvieron
de la mar.
Vamos juntos á la ermita
que á rezar una oración
la campana nos invita
con su són.

ELLAS Siempre anuncia la campana
la campana de la ermita,
con sus dobles y volteos,
nuestras penas y alegrías.
Cuando bienes, nos anuncia
sube y baja muy lijera
por el arco de la torre
dando vueltas.
Es un vuelo de gaviota
su gracioso ir y venir;
y es un canto de esperanza
su ¡dín!... ¡dín!

ELLOS Cuando males nos anuncia
baja y sube muy despacio
por el arco de la torre
vueltas dando.
Cuerpo en horca es la campana
con su lenta oscilación;
y es un canto de agonía
su ¡dón!... ¡dón!

TODOS Con sus voces va marcando la campana
las venturas y las penas del vivir
¡Dón!... dón!
¡Dín!... ¡dín!
Y en la cuna, y en la muerte,
nos saluda con los ecos de su voz.
¡Dín!... ¡dín!
¡Dón!... ¡dón!
Vamos juntos á la ermita

que á rezar una oración
por los muertos, nos invita
la campana,
la campana de la ermita
con su són.

(El Coro sube por las peñas y entra en la Ermita; al mismo tiempo, aparecen, por el primer término izquierda, Curra y Pascual.)

ESCENA II

CURRA y PASCUAL. Al final. MARÍA

Hablado

CURRA (A Pascual.)
¡Vamos, hijo!... Al *niversario*
tarde por ti llegaremos.

PAS. Yo no sé como usted puede
estar gorda con su genio.
Sólo han *dao* el primer toque.
Y, además, aunque lleguemos
tarde, de nuestro retraso
no han de enterarse los muertos,
que ni ven, ni oyen, ni gastan
reló, ni usan cumplimientos.

CURRA ¡No hables así! ¡*Probeticos!*...
PAB. ¿*Probeticos?*... Quien fuera ellos,
que están sin que los estorbe
naide, tranquilos y quietos,
y ni gastan escopetas,
ni andan en contrabandeos,
ni peligro de morirse
corren, porque ya lo han hecho,
y eso se hace una vez sola.

CURRA ¡Vamos! (Con impaciencia.)
(Curra y Pascual se dirigen al fondo, á tiempo que sale
por la derecha María, y el Sargento por el fondo iz-
quierda.)

MARÍA (A Curra.) Aun queda tiempo.
Faltan dos toques.

ESCENA III

CURRA, PASCUAL, MARÍA, el SARGENTO. El Sargento que ha oído las últimas palabras de María se dirige á Curra, y dice, tocándola en el hombro

SARG. Y el mío,
que es de gloria.

CURRA Hola, Sargento.

SARG. Hola, mi reina.
(Curra y el Sargento hablan aparte.)

PAS. (A María.) ¡Ay, María!
Ya lo sabes. ¡No hay remedio!

MARÍA ¿Te embarcas? (Asustada.)

PAS. (Lo mismo) ¿Yo? No. Me embarcan.

MARÍA ¡Pascual! (idem.)

PAS. (Con angustia.)
Cuando echas tus rezos
allá arriba, por mi cuenta
aumenta seis padres nuestros.
Pero, ¿cuándo es?
Pues... mañana.
Ya *toico* está dispuesto:
la escopeta, los cartuchos...
y el falucho... y el entierro.
¡Ay, Pascual!
Vas á ser viuda
in partibus in fidelium.

MARÍA ¿Cómo? (sin entender.)

PAS. Como son obispos,
según el cura del pueblo,
los obispos que no *tienen*
obispao aonde serlo.

CURRA (Al Sargento como continuando la conversación que tiene con él.)
Vaya, basta de palique,
que no es hora de requiebros.
¿Viene usted al *niversario*?

SARG. Quisiera, pero no puedo.

CURRA ¿Es que está osté de servicio?

SARG. Es que he *empeñado* juramento
de no subir á la ermita

hasta que con ese cuerpo
suba, en clase de marido.
Pues ya *pué osté* echar un sueño.
(Vuelven á sonar las campanas.)

CURRA El segundo toque.

MARÍA Ahí salen

PAS. Anita y el tío Pedro.
(Salen de la casa que figura ser suya Anita y el tío Pedro, éste apoyado en el brazo de aquélla.)

ESCENA IV

ANITA, CURRA, MARÍA, PASCUAL, el SARGENTO y el TÍO PEDRO

CURRA (A Pedro.)
¡Así me gustan los hombres,
valientes!

PEDRO No es valor esto.
Es obligación.

SARG. La cuesta
es penosa.

PEDRO Apoyo llevo. (Por Anita.)
Aun faltándome, subiera.
Todo lo merecen ellos.
¡Sería un lance!

SARG. ¡Terrible!

CURRA Y la causa del siniestro...

SARG. La causa...

PEDRO ¡Ustées querían
poner las proas *pa dentro*
con mala mar!

SARG. Mala no era,
que salimos con buen tiempo.
Después... Ya usted sabrá...

PEDRO Nada.

SARG. ¡Como en la aldea soy nuevo!
Cuenta *osté* el caso. (Al tío Pedro.)
¡Es tan triste,
tan doloroso el recuerdo!...

MARÍA A más hay que ir á la ermita.

PEDRO Aun queda lugar *pa* eso.

SARG.

MARÍA No han *dao* el último toque.
Cuenta *osté*.

PAS. Si, tío Pedro,
cuenta *osté* lo *sucedío*.
Cuenta, y así iré aprendiendo
á morirme, *pa* mañana.

PEDRO Pues oiga, señor Sargento.
(Breve pausa, durante la cual el tío Pedro suelta el
brazo de Anita y se acerca al Sargento. Los demás le
rodean.)

A punto de alborear
rasgó la bruma su velo.
El sol halló al despertar
limpio de nubes el cielo,
libre de espumas la mar.
¡Qué hermoso anuncio del día!
¡Qué clara y serena aurora!
¡Qué franca era la alegría
de la gente pescadora
que hacia la playa venía!...
Aun escucho la canción
por los hombres entonada,
aun miro á cada patrón,
puesta en el mar la mirada
y la mano en el timón.
Aun veo á todos reir
y con los ojos seguir
al sol en su amanecer:
sol que ellos vieron nacer
y que á ellos les vió morir.
Por aquel sol plateada
cada vela desplegada
como una ala se tendía.
Nuestro avance parecía
el volar de una nidada.

(Pausa breve.)

Las lanchas se aparejaron,
los hombres se prepararon,
la red sobre el mar cayó
y las aguas se agitaron
y la faena empezó.
¡La faena! La pelea,
sin descanso ni merced
entre el pez que huir desea

y el hombre que forcejea
para encerrarlo en la red.
Todo el pescador lo olvida
entonces y lo descuida.
¡Todo! que su único afán
está en la red, que es su vida,
y en la pesca, que es su pan.
Todo también lo olvidamos
nosotros, y cuando alzamos,
satisfechos de la suerte
la vista al cielo, encontramos
en aquel cielo la muerte.
¡La muerte!

SARG.
PEDRO

Si, la muerte era,
y era nada: Una ligera
mancha que al cielo cubría,
una sombra traicionera
que en su fondo aparecía.
Algo que apenas se advierte.
Un gironcillo de tul
conque el aire se divierte;
un punto negro en lo azul:
eso es todo y es la muerte.
¡Galerna!—dijo un patrón.
Y, contestando á su acento,
puso cada embarcación
la vela á favor del viento,
y hacia la playa el timón.
Y como al romper el día
nuestro avance parecía
el volar de una nidada;
de una nidada que huía
temblorosa y espantada.

(Pausa.)

¡Inútil huir! ¡Buscar
la playa, tardío intento!
en lo que dura un momento
plomizo se volvió el mar
y cárdeno el firmamento.
Una negrura, una sola,
agua y cielo confundió...
El cielo un rayo escupió,
y el agua lo recogió
sobre la cresta de una ola;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1940. 1625 MONTERREY, MEXICO

33310

con siniestra claridad
alumbró la obscuridad
el rayo en zigs-zags partido:
se oyó en el aire un rugido
y estalló la tempestad.

(Pausa.)

Olas y nubes mezcladas
iban, con chocar violento,
de un lado á otro, acompañadas
por las recias bocanadas
del embravecido viento.
Nunca tuvo el huracán
ni más implacable saña,
ni más homicida afán;
cada ola era una montaña
y cada nube un volcán.
Las otras lanchas busqué
con la vista... las miré
á los azules reflejos
de un rayo, lejos, ¡muy lejos!
Después... después... ¡no lo sé!..
Se oyó un horrible crujido,
cayó el palo en dos partido
y de mis cansados brazos
se escapó, dando un gemido
el timón hecho pedazos.
¡Ya qué intentar!...

CURRA
PEDRO

¡Dios clemente!
Nada se hace ni se intenta
cuando con Dios no se cuenta,
y están las rocas enfrente
y á la espalda la tormenta.
¡Mi pobre lancha!... La ví ir
dando sacudidas locas
en las rocas á embestir,
y con ella fui á las rocas
para estrellarme y morir.
Miré el terrible chocar,
oí á mi gente lanzar
un postrimer alarido...
Me faltó pie y, despedido
por el golpe, caí al mar.
Caí falto de razón,
de fuerzas... A fondo me iba

cuando sentí la presión
de un brazo, y un empujón
vigoroso me echó arriba.
¡Era Juan Francisco!...

ANITA
PEDRO

El era.

El me ayudó, él me echó fuera.

SARG.
PEDRO

¡El!

El logró con sus brazos
que mi cuerpo no se hiciera
contra las rocas pedazos.
El fué lo último que ví
cuando el sentido perdí.
Cuando mis ojos se abrieron,
á él fué al primero que vieron
de rodillas junto á mí.
¡El fué! (A Anita.) Y al siguiente día
¡con qué sincera alegría
mis brazos os estrecharon
y os unieron y juntaron
sobre mi pecho, hija mía!
¡Siempre juntos! os gritó
mi labio; y mi alma creyo
lleno de esperanzas locas,
ser feliz, porque á las rocas
¡muerto el mar no me arrojó!
(Suenan las campanas lenta y sordamente.)
¡Feliz!.. Vamos á rezar,
vamos. ¡Quién pudiera estar
con los que aquél día fueron
á la mar y no volvieron
aquel día de la mar!...

(Se apoya en el brazo de su hija y avanza hacia el fondo, mientras suenan las campanas y se oye muy bajo el Coro dentro de la ermita.)

CORO

(Dentro.)

¡Qué tristes suenan
las campanadas!
Doblar parecen
dentro de mi alma.
Es que mezclan con el ruido
de las olas sus sonidos,
y al sonar,
nos meten por el oído
los ayes de los que fueron

á la mar y no volvieron
de la mar.

(Mientras el Coro canta continúa el diálogo.)

SARG.

(A Curra.)

¡Triste historial!

CURRA

(Al Sargento.) Peor aún
lo sucedió después,
que ha dejao á tóos tres
en el mundo sin dengún
valimiento.

SARG.

Verdá es.

CURRA

(Al Sargento.)

Vamos, venga osté á la ermita.

SARG.

¡No me mire usted así

porque voy!... (Con socarronería.)

CURRA

(Con gachonería.) ¿Y quién le quita
ese gusto?

MARÍA

(A Pascual.) ¿Oíste?

PAS.

Oí.

¡Pa que te embarques, nenita!

(Suben por el practicable de las peñas los seis en la si-
guiente forma. Delante el Sargento y Curra. Detrás
Pascual y María; los últimos, Anita y el tío Pedro.
Cuando éstos llegan á lo alto de las peñas, aparece por
la derecha Juan Francisco, que queda mirando á Anita
sin ser visto por ella hasta que entra en la ermita con
su padre. La escena que sigue enlaza con las últimas
notas del Coro.)

ESCENA V

JUAN FRANCISCO

Música

Seguidla, ojos míos,
seguidla de lejos.

Seguidla; con ella van mi alma y mi sangre
y mi pensamiento.

Mujer en quien puse
quereres y anhelos,
imagen que un día soñé con mis brazos
ceñir á mi pecho,

dolorida sombra
parece tu cuerpo
entrando en la ermita al sonar de campanas.

que tocan á muerto.

Aquí en esta reja,
al pie de estos hierros,

te hablaba al oído cogiendo tus manos,
tragando tu aliento.

Mil veces la noche
vino á sorprendernos

entre aquellas peñas, mirando á las olas
saltar en el viento.

Por la vez primera,
temblando, muy quedo,

allí me dijiste, cerrando los ojos:

Juan mío, te quiero.

Aquí nuestra boca (La reja.)

se dió el primer beso.

Aquí repetimos que nuestro amor nadie
podría romperlo.

Hoy los dos miramos

nuestro amor deshecho,
y sólo á la ermita sus pasos dirige

tu divino cuerpo.

Ya para nosotros
las dichas murieron.

¡Seguidla, ojos míos,
seguidla de lejos!

(Juan Francisco queda apoyado en la reja mirando ha-
cia la ermita. Entra por el fondo izquierda Gaspar que
al ver á Juan Francisco se dirige á él.)

ESCENA VI

JUAN FRANCISCO y GASPAR

Hablado

GAS.

¿Sólo y triste? (Con fingido afecto.)

J. FRAN.

Triste y sólo;

ya lo ves.

GAS.

Nadie dijera
que eres el de antes.

J. FRAN. ¿Acaso lo soy? (Con amargura y tristeza.)
De antes á ahora media lo que más cambia á los hombres: mucho tiempo y muchas penas.

GAS. ¿Pero aun piensas en Anita, Juan Francisco?

J. FRAN. Cosa es esta que á mí tan sólo me importa y *pa* mí sólo se *quea*. (Con sequedad.)

GAS. Perdona. (Lo mismo.)

J. FRAN. No hay de qué.

GAS. (Con fingida indiferencia.) ¿Cómo no has subido *pa* la iglesia? Hoy es el aniversario.

J. FRAN. Ya lo sé.

GAS. Como ellos eran tus amigos, pues por eso fué mi hablar.

J. FRAN. Con mi alma entera les lloro.

GAS. ¿Y por qué á la ermita no has subido?

J. FRAN. *Pa* la cuenta de recordar á los muertos, si se les quiso de veras, son buenos *tóos* los sitios y *toas* las horas buenas.

GAS. ¿Nace de ahí que tú no subas? (Con sorna.) ¿ó nace de que subió ella?

J. FRAN. ¡Ella! (Con amargura.)

GAS. ¡Anita, hombre!

J. FRAN. ¿Es que mucho el saberlo te interesa? (Con acritud.)

GAS. A mí *ná*. (Con falsa indiferencia; luego de una pausa.)
Si no subes ven conmigo, y del cuerpo echa el mal humor. Con las cañas de vino se ahogan las penas.

J. FRAN. No bebo; gracias.

GAS. Un mozo de tu *caliá* y tus prendas, con una lancha en el muelle y treinta años en la *céula*,

ni debe quedarse en seco ni puede arriar la vela, porque las cosas del mundo le desaparten de una hembra.

¿A qué pensar en querer que otros tal vez no recuerdan?

J. FRAN. ¿Que no!... Gaspar, tú lo sabes de cierto, ¿ó es que deseas que ocurra así? (Con dureza.)

GAS. (Como sorprendido.) ¡Juan Francisco!

J. FRAN. (Con ironía amenazadora que va aumentando.)
No, *pa* tí malo no fuera que ella me *olviase*. Entonces ¿quién sabe? ¿*verdá*, tú? Aquella mujer que los dos rondamos juntos al pie de esta reja; aquella, que á tus requiebros dió el desaire por respuesta, podría volver ahora la vista, y en tí ponerla.

¿Es ese tu pensamiento?

¿Van por ahí tus creencias? Pues creés mal, si eso crees; y piensas mal, si eso piensas.

Juan Francisco...

GAS. No lo niegues,

J. FRAN. porque siempre fué tu idea ganarla.

GAS. Yo...

J. FRAN. Por ganarla ¿qué no harías tú? Recuerda que en otro tiempo azuzaste al muerto en su malquerencia contra mí.

(Gaspar hace un movimiento de interrupción.)
No hablemos de ello. Descanse el que pudre tierra. Pero óyeme por si acaso con nuestra desgracia cuentas *pa* que ella de mí se *olvie*, *pa* que yo me olvie de ella. El mal que causé ha pedío hacer que imposible sea nuestro querer, *pa* gozarlo,

pa reunir la existencia
de los dos en una sola:
pa eso muerto yo, Ana muerta.
Pa llevarlo aquí metió
entre lágrimas y penas,
pa eso, el querer mío es suyo;
pa eso, es mío el querer de ella.
Has *echao* á mala parte
mi sentir.

GAS.

J. FRAN.

GAS.

J. FRAN.

GAS.

J. FRAN.

Mejor.

Si ideas

tuviese yo de otra cosa
lo mismo te lo dijera.

Y yo sí, lo que no es fácil,
ni posible que *sucea*,
yo, si Anita por su gusto,
y olviando sus promesas
fuese tuya, bajaría
sin replicar la cabeza.

¿De veras?

Si voluntaria
fuese en quererte lo hiciera,
aunque perdiese, al hacerlo
el sólo bien que me resta.
Pero ha de ser por su gusto;
porque si tú, por la fuerza
ó por la traición, trataras
de conseguir algo de ella,
tan cierto como esas olas
se rompen contra esas peñas,
no lo haces.

GAS.

J. FRAN.

GAS.

J. FRAN.

(Con arrogancia.) ¿Es amenaza?

Amenaza no, advertencia.

Más vale así, Juan Francisco,
porque si amenaza fuera
tampoco la sufriría (Con arrogancia.)

Allá tú con tu paciencia. (Con energía.)

Yo te digo que la quiero,
que me resigno á perderla,
á no mirarme en sus ojos,
á huir cuando ella se acerca.
A *tóo*, ya ves, á *tóo*,
menos á que alguien se atreva
á *ná* que á su *presona*

y á los suyos herir pueda.
Ahí tienes lo que yo digo,
lo que yo haré. Que lo entienda
y lo tome quien lo escuche
como mejor le convenga:
de consejo ó de mandato,
de amenaza ó de advertencia.

(Entra por el fondo derecha Manuel; que al ver á Gaspar se dirige á él.)

Está bien.

GAS.

J. FRAN.

MAN.

GAS.

MAN.

GAS.

J. FRAN.

GAS.

GAS.

Digo lo propio.

Gaspar, por *toa* la aldea
te he *buscao*.

¿Qué sucede?

Pues... Conviene la reserva,
y el secreto.

(A Juan Francisco.)

Con permiso.

¡Quea con Dios!

(Sale por el primer término izquierda.)

Con Dios quea.

ESCENA VII

MANUEL, GASPAS

GAS.

MAN.

GAS.

MAN.

¿Qué hay, Manuel?

Algo y no bueno.

Habla.

La gente se niega
á salir con nuestros barcos
mañana, si no le aumentan
la parte que hasta hoy *ca* hombre
iba llevando en la pesca.
Quien lo sabe me lo ha dicho.

GAS.

MAN.

GAS.

MAN.

Y, ¿á qué viene la *esigencia*?

Viene...

¿A qué?

A que el tío Pedro
pone en planta la promesa
que á sus marinos hizo.
Mañana á cumplirla empieza.